

del humano espíritu.» (1) Podríamos aducir otros muchos ejemplos, mas nos limitaremos á citar el principal, cual es la descripción de la casa de Salomon en la *Nueva Atlántida*. Porque aun cuando la mayor parte de los contemporáneos de lord Bacon hubieran considerado probablemente pasaje tan notable como ingeniosa novela, rival de las aventuras de Simbad ó del baron de Münchhausen, y que aun en nuestros dias no pocos serian del mismo parecer, es lo cierto que no será posible hallar en ninguna composicion humana párrafos más penetrados de serena y profunda sabiduría. Pues el atrevimiento y la originalidad de la ficcion á que nos referimos son ménos maravillosos todavía que lo es el criterio sagaz y delicado con el cual excluyó Bacon cuidadosamente de su largo catálogo de prodigios todo cuanto pudiera ser tenido por absurdo é inaccesible á la magia incontrastable de la induccion y del tiempo. Alguna parte, y no la ménos extraordinaria por cierto, de tan gloriosa profecía se ha cumplido al pié de la letra, y estamos persuadidos de que toda ella, en su espíritu al ménos, va realizándose lenta, pero seguramente, cada dia y á nuestra vista.

Una de las circunstancias más singulares y notables de la historia del ingenio de Bacon es, sin duda, el órden y el modo en que se desarrollaron sus facultades. Porque primero apareció el fruto y estuvo perenne hasta el fin, y las flores brotaron despues del fruto. Generalmente acontece que el desarrollo de la imaginacion es al del criterio lo que el desarrollo de una niña al de un niño; y como la imaginacion llega más presto á la perfeccion de su

(1) *New Atlantis*.

hermosura, poder y fecundidad, del propio modo que madura primero, tambien primero se marchita, quedando pálida y mustia las más de las veces ántes de que las facultades austeras, por decirlo así, hayan alcanzado madurez, y agostada y seca cuando todavía esas aptitudes conservan la plenitud de su fuerza. Raro es que la imaginacion y el criterio crezcan juntamente, y aún lo es más que se desarrolle primero éste que no aquélla; no obstante, así parece haber sucedido en el caso de Bacon, porque su adolescencia y su juventud fueron, á lo que dicen, tranquilas por extremo, y algunos autores afirman que concibió su plan gigantesco de reforma filosófica cuando no contaba todavía quince años; mas, de todos modos, es lo cierto que concibió esta idea en su juventud, y que observaba con tanta vigilancia, y meditaba con tanta profundidad, y juzgaba con tanta sangre fria cuando produjo su primera obra, como al fin de su larga carrera. Sin embargo, como elocuencia, dulzura, riqueza de imágenes y amenidad de estilo, aventajan con exceso sus postreros escritos á los de su juventud, ofreciendo bajo este aspecto la historia de su ingenio cierta semejanza con la del de Burke, cuyo tratado *De lo sublime y de lo bello*, con ser obra inspirada de asunto tal que los metafísicos más frios apenas hubieran podido bosquejarla sin hacer uso del estilo florido, es la más desprovista de adornos de cuantas produjo su talento. Veinticinco años tenía Burke á la sazón; y cuando á los cuarenta escribió los *Pensamientos sobre las causas del malestar presente*, su criterio se hallaba en la plenitud de su fuerza, estando todavía su elocuencia muy á los principios de su espléndida aurora: á los cincuenta, era su retórica tan rica cuanto podia serlo sin quebrantar las

leyes del buen gusto; y á los setenta, esto es, á su muerte, su exuberancia rayaba casi en la exageración. Siendo mozo, describió las emociones que le causaban las montañas y las cascadas, las obras maestras del arte, y el rostro agraciado y las formas mórbidas de las mujeres, con estilo digno de una información parlamentaria; siendo viejo, discutió siempre los tratados y las tarifas comerciales con lenguaje digno de la mejor novela, en fuerza de su animación y colorido. Se antoja singular que así el tratado *De lo sublime y de lo bello* como la *Carta á un lord* sean productos del mismo ingenio; pero aún lo parece más si se considera que aquel se publicó en la juventud y esta en la vejez de Burke.

Dicho esto, daremos una breve muestra de los dos estilos de Bacon. En 1597 se expresaba así: «Los hábiles desprecian el estudio; los ingenuos lo admiran, y los discretos lo aprovechan y utilizan; porque no enseña el estudio por sí mismo para qué sirve, siendo esta una ciencia extraña de todo en todo al estudio, y que sólo se adquiere merced á la observación. No leais para contradecir ni para creer, sino para examinar y profundizar, pues hay libros que sólo deben gustarse y otros tragarse, por decirlo así, y muy pocos ser mascados y digeridos. La lectura nutre el espíritu, la discusión lo despierta y anima, y el hábito de escribir lo hace exacto. Si el hombre no escribe mucho, necesita mucha memoria; si discute poco, mucho ingenio; si lee menos, mucho aplomo para fingir que sabe lo que ignora. La historia hace á los hombres discretos; la poesía, ingeniosos; las matemáticas, sutiles; la filosofía natural, profundos; la moral, severos, y la retórica y la lógica, prontos á la controversia.»

Es innegable que todo este párrafo es de aquellos

que deben *mascarse* y *digerirse*, y no creemos que Tucídides mismo haya logrado nunca encerrar tantos pensamientos en tan pocas palabras.

Pero si bien es cierto que no escribió lord Bacon nada superior á la cita precedente, ni más verdadero y profundo en las adiciones que hizo con el tiempo á sus *Ensayos*, como quiera que su estilo se tornaba cada día más culto y rico, el párrafo transcrito á continuación y publicado por primera vez en 1625 demostrará el cambio en toda su extensión.

«La prosperidad, dijo, es el patrimonio del Antiguo Testamento, y la adversidad el patrimonio del Nuevo, que contiene la prueba más grande y la señal más patente del favor de Dios. Pero con ser así, aún en el Antiguo Testamento, si prestamos atención al arpa de David, percibiremos tantas notas lúgubres como cánticos de alegría, y si consideramos fijamente la obra del pincel divino, advertiremos que ántes se ha complacido el Espíritu Santo en describir las aflicciones de Job que las venturas de Salomón. Y pues tan llena de temores y penas está la dicha como de consuelos y esperanzas la malaventura, con más placer miramos en las labores de aguja y en las tapicerías un asunto alegre sobre fondo triste, que un asunto melancólico y sombrío sobre fondo despejado y brillante; que así puede juzgarse en este caso del placer del corazón por el de los ojos, como del de los ojos por el del corazón. La virtud es ciertamente cual los perfumes preciosos, que son más penetrantes cuando, reducidos á menudo polvo, se les quema; así la prosperidad pone más de manifiesto el vicio, y la desgracia la virtud.»

Bacon es más principalmente conocido por sus *Ensayos*, que no por el *Novum Organum* y el *De*

Augmentis, obras famosas, de las cuales se habla mucho, aunque sin leerlas, y que si en efecto han ejercido extraordinaria influencia en las opiniones de la humanidad, se debe, no á ellas mismas directamente, sino á sus agentes intermediarios, que impulsando y poniendo en movimiento los espíritus, agitaron, impulsaron y movieron el mundo. Sólo en los *Essays* se puso la inteligencia de Bacon en contacto inmediato con la inteligencia de la generalidad, abriendo en ellos una escuela pública, y hablando á los hombres, en lenguaje comprensible á todos, acerca de asuntos que á todos interesan. Y como facilitó por tal modo á los que hubieran temido que creer en sus merecimientos bajo de su palabra los medios de juzgarlo por sí mismos, y la muchedumbre de los lectores conoce desde hace algunas generaciones á quien trató con habilidad tan consumada los asuntos que le son familiares, bien puede suponersele merecedor y digno de todos los elogios que le prodigan los discípulos de su escuela íntima.

Sin la menor idea de mermar el mérito de la obra tan admirable intitulada *De Augmentis*, diremos que, á nuestro parecer, la más importante de lord Bacon es el primer libro del *Novum Organum*, porque se hallan reunidos en ella en grado eminente de perfeccion los rasgos principales de su ingenio extraordinario; como que muchos de sus aforismos, y particularmente aquellos en los cuales da ciertos ejemplos de la *ídola*, denotan una sutileza de observación que ningún otro autor ha podido aventajar. Todas las partes del libro repositan de ingenio; pero de un ingenio que no vela y encubre la verdad en faerza de arabescos, sino que, conservando la pureza de sus líneas, las realza y adorna; y aunque ninguna tra-

tado produjo hasta entonces revolución más trascendental en el modo de pensar, ni destruyó más preocupaciones, ni tampoco implantó más ideas nuevas, es lo cierto que no lo hubo ménos batallador, y que se presentó en el palenque y venció con la tiza, no con la espada, pues las proposiciones que contiene van penetrando en el espíritu sucesivamente, unas en pos de otras, y siendo acogidas en él, no como invasoras, sino como amigos esperados, y que siendo desconocidos ántes de llegar, se hacen familiares á seguida y amables. Aun es más admirable todavía que bajo este aspecto la obra indicada, bajo el punto de vista de la capacidad inmensa que demuestra en toda ella su autor, el cual, sin hacer el menor esfuerzo, abarca en su conjunto los dominios de la ciencia, lo pasado, lo presente y lo porvenir, y los errores de dos mil años, y los signos venturosos y llenos de halagüeñas promesas de la época actual, y las risueñas y tentadoras esperanzas de los siglos venideros. Cowley, que fué de los más ardientes y entusiastas y discretos sectarios de la nueva filosofía, comparó, en uno de sus más hermosos poemas, á Bacon con Moisés en el monte Pisgab, y así, en efecto, nos aparece en el primer libro del *Novum Organum*, donde vemos al gran legislador contemplando desde su altura solitaria una inmensa extensión, detras de sí un desierto de montes y estériles arenas y de aguas amargas, en el cual han vivido generaciones sucesivas, caminando siempre sin adelantar nunca, y trabajando y afanándose sin recoger cosecha, ni llegar á construir ciudades permanentes, y delante de sí fértiles llanuras, la tierra de promisión, mandado miel y leche. Y mientras que la muchedumbre renunta al pié de la montaña no alcanza sino la estéril lamen-

sidad de aquel desierto en el cual vagó errante tanto tiempo, desierto cerrado por todas partes de los horizontes y cuya monótona tristeza sólo interrumpe acaso engañadores espejismos, él recrea la vista desde la posición elevada en que se halla establecido sobre comarcas de imponderable belleza, y sigue el curso de ríos caudalosos que llevan con sus aguas la fertilidad á las vegas y á los prados, y pasan por bajo de los puentes de grandes y populosas y magníficas ciudades, y funda establecimientos y hace puertos, y reparte cual si fueran partijas de una herencia los ricos territorios comprendidos entre Dan y Beerseba.

Ingrata y penosa tarea es abandonar el exámen de la filosofía de Bacon para volver á considerar su vida; mas no obstante, sólo por este medio es posible apreciar toda la magnitud de sus facultades. Abandonó las aulas en ocasión que ingresaba en ellas la mayor parte de los jóvenes, y cuando era todavía casi niño se vió empeñado en graves asuntos diplomáticos. Luégo se propuso estudiar un gran sistema técnico de legislación, elevándose al cabo de sucesivos empleos á la posición más encumbrada de su carrera. Participó al propio tiempo activamente en las discusiones de la Cámara, é hizo la corte con asidua perseverancia y habilidad extraordinaria en toda ocasión á cuantos pudieran serle útiles; frecuentó de igual modo la buena sociedad, y observó atenta y cuidadosamente así los caracteres como las modas; y por tal manera ninguno tuvo vida más agitada que Bacon de los diez y seis á los sesenta años, ni más derecho á ser clasificado en primera línea entre las personas bien relacionadas con los grandes de su siglo. Asentar las bases de una filosofía novísima, é imprimir al espíritu de

los pensadores nuevos rumbos, fué para él distracción del ocio y ocupación de los momentos que le dejaron libre la Cámara de los Lores y el Consejo. Pero si con esto se acrecienta el entusiasmo y la admiración que sentimos por él, en igual medida sube de punto el dolor que nos causa ver un tan esclarecido ingenio como el suyo caer en faltas indignas del hombre honrado, no porque desconociera el buen camino, pues se propuso seguirlo en su primera juventud, diciendo que «si sus ambiciones intelectuales eran inmensas, sus ambiciones políticas eran moderadas por extremo.» Si los deseos políticos de lord Bacon se hubieran ajustado siempre al programa que se trazó en los primeros tiempos de su vida, ya que no el Moisés, habria sido el Josué de la filosofía, realizando mucha parte de sus magníficas predicciones, conduciendo á sus discípulos, no hasta las lindes de la tierra prometida, sino hasta el corazón de ella, designando el botín de cada uno y participando de él, y dejando á la posteridad, no solamente un nombre ilustre, grande y famoso, sino también inmaculado y puro. La humanidad, entónces, habria respetado y estimado al propio tiempo á su esclarecido bienhechor, y no experimentaria ciertamente, como le acontece ahora, cada vez que lo recuerda, opuestos impulsos de menosprecio y de admiración, de odio y de gratitud. De haber sido así, no deploraríamos ver acumuladas tantas y tantas pruebas de la pequeñez y egoísmo de un corazón cuya benevolencia fué tan universal que confundió en amoroso abrazo todas las razas, todas las edades y todas las religiones; no sentiríamos cubrirse de vergüenza nuestras mejillas, considerando la mala fe del adorador más serviente de la verdad especulativa, y el servilismo abyecto y

despreciable del más esforzado y atrevido campeón de la libertad intelectual; no hubiéramos visto tampoco al mismo individuo ya el primero en la vanguardia, ya el último en la retaguardia de su generacion; ni tendríamos necesidad forzosa de reconocer paladinamente que quien fué primero en clasificar la legislacion como ciencia, fué asimismo uno de los últimos ingleses que recurrieron á la tortura, y que quien primero indujo á los filósofos á consagrar su talento á la interpretacion de la naturaleza, fué asimismo de los últimos ingleses que vendieron la justicia; y por tal manera, despues de haber estudiado la vida de lord Bacon empleada tranquila, honrada y útilmente toda ella «en asiduas observaciones, en conclusiones lógicas, y en descubrimientos bienhechores (1),» daríamos de mano á nuestra obra muy de otra suerte que lo hacemos, apartando con repugnancia los ojos del abigarrado espectáculo que ofrece la confusa mezcla de tanta grandeza y de tanta pequeñez, de tanta gloria y de tanta infamia.

(1) «... in industrious observations, grounded conclusions, and profitable inventions and discoveries.» *Carta de Bacon á lord Burleigh.*

BURLEIGH Y SU ÉPOCA.

Memoirs of the Life and Administration of the Right Honorable William Cecil, lord Burleigh, secretary of State in the Reign of King Edward the Sixth, and lord High Treasurer of England in the Reign of Queen Elizabeth, containing an Historical view of the times in which he lived, and of the many eminent and illustrious persons with whom he was connected; with extracts from his private and official correspondence and other papers, now first published from the originals. By the Reverend EDWARD NARES, D. D., Regius Professor of Modern History in the University of Oxford. 3 vols, 4.^o—London, 1828—32 ().*

L.

La obra del Dr. Nares, que tenemos delante y cuyo título trascribimos íntegro á la cabeza de estas líneas, nos ha producido la misma sorpresa que al capitán Lemuel Gulliver, al desembarcar en Brobdingnac, ver espigas de trigo tamañas como encinas, dedos como cubos y jilgueros como pavos. Porque, á decir verdad, el libro todo y cada una de las partes que lo componen revisten proporciones gigantescas: el título contiene tanta lectura como

(*) El presente ensayo pareció el mes de Abril de 1832.—N. del T.